

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO CINCO

La Sanación Verdadera

La Sanación Verdadera

Hay un malentendido profundo sobre la sanación que impregna gran parte de nuestra cultura. Tendemos a pensar en ella como algo que una persona hace a otra—el doctor sana al paciente, el terapeuta sana al cliente, el sanador sana al enfermo. Pero este entendimiento, aunque común, pierde algo esencial.

El sanador no sana.

Esta afirmación puede parecer extraña, incluso contradictoria. Si el sanador no sana, ¿qué hace el sanador? La respuesta transforma nuestro entendimiento de todo el proceso de sanación: el sanador crea un ambiente, una oportunidad, un catalizador a través del cual quien sufre puede reconocer su propia capacidad para la integridad. El sanador ofrece; quien va a ser sanado elige. El sanador abre una puerta; el paciente decide si atravesarla.

La sanación verdadera es simplemente la radiancia del ser creando un ambiente en el cual algo puede cambiar—en el cual quien sufre puede de pronto vislumbrar, en algún nivel de su ser, que no está definido por su enfermedad, que la integridad es su derecho de nacimiento, que el cuerpo sabe cómo restaurarse a sí mismo cuando se le dan las condiciones apropiadas. La presencia, el amor y la intención del sanador crean el espacio; la sanación misma sucede dentro de quien está siendo sanado.

Por esto Jesús tan a menudo dijo a quienes sanó: *"Tu fe te ha sanado."* No estaba siendo modesto ni desviando el crédito. Estaba declarando una verdad precisa sobre cómo funciona la sanación. La mujer que tocó el borde de su manto, el ciego junto al camino, el leproso que volvió a dar gracias—cada uno de ellos participó en su propia sanación a través de su fe, su apertura, su disposición a recibir.

Para entender la sanación más profundamente, debemos reconocer que no eres simplemente un cuerpo físico. Existes simultáneamente en múltiples niveles. Está el cuerpo físico denso que puede verse y tocarse. Pero también está lo que podría llamarse el cuerpo energético—el aspecto eléctrico o etérico de tu ser que interpenetra lo físico. Algunas tradiciones lo llaman el cuerpo

astral, otras el cuerpo sutil, otras hablan del aura o el biocampo. El nombre importa menos que el reconocimiento: eres más que carne.

La sanación puede ocurrir en cualquiera de estos niveles, y los diferentes niveles interactúan de maneras complejas. A veces la sanación trabaja principalmente en el cuerpo energético, y el cuerpo físico sigue. A veces se necesita intervención física. A menudo la sanación más profunda involucra ambos niveles simultáneamente—una especie de puente o mezcla entre lo físico y lo energético, donde los cambios en un reino repercuten en el otro.

Esto explica por qué la misma condición podría responder a enfoques muy diferentes en personas diferentes. Una persona sana a través de la oración sola; otra necesita cirugía. Una responde a la imposición de manos; otra requiere medicina. La sanación que funciona es la sanación que alcanza el nivel donde el desequilibrio realmente existe—y ese nivel puede no ser obvio desde afuera.

Un sanador verdadero a menudo percibe intuitivamente dónde está el problema real. Alguien puede venir quejándose de un síntoma, pero el sanador ve que la causa raíz está en otro lugar completamente. El dolor en las articulaciones se remonta a los riñones. La fatiga crónica proviene de duelo no procesado. Las infecciones recurrentes reflejan un espíritu agotado. Esta intuición diagnóstica—ver más allá de los síntomas hacia las causas—es una marca de habilidad sanadora genuina.

Este entendimiento libera al sanador de una carga enorme. Si crees que eres responsable de sanar a otros, inevitablemente te sentirás aplastado por el peso de aquellos a quienes no puedes ayudar. Tomarás crédito por los éxitos y culpa por los fracasos. Te quemarás, perderás el ánimo, quizás abandones el trabajo por completo. Pero cuando entiendes que tu rol es ofrecer—y solo ofrecer—todo cambia.

El sanador es como una ventana. La luz pasa a través de una ventana, pero la ventana no genera la luz. Mientras más clara la ventana, más luz puede pasar. Una ventana sucia o empañada bloquea la luz; una ventana limpia y clara permite que fluya libremente. El trabajo del sanador, entonces, es principalmente sobre sí mismo—despejar las obstrucciones, purificar el canal, convertirse en una ventana más limpia a través de la cual el amor y la luz puedan pasar.

Por esto quienes desean sanar deben primero sanarse a sí mismos. No que deban volverse perfectos—nadie en esta vida alcanza la perfección. Pero deben estar comprometidos en su

propio proceso de crecimiento, equilibrio y limpieza. Deben conocer sus propias sombras y estar trabajando con ellas. Deben haber enfrentado su propio dolor y estar aprendiendo a transformarlo. Un sanador que no ha hecho este trabajo interior es como una tubería tapada intentando entregar agua—muy poco pasa, y lo que pasa puede estar contaminado.

El proceso de convertirse en un canal claro involucra lo que podríamos llamar cristalización. Así como un cristal tiene una estructura regular y ordenada que permite que la luz pase a través y se refracte en patrones hermosos, así el sanador desarrolla una estructura interior—un equilibrio y regularidad de energía—que permite que la luz sanadora fluya claramente. Esta cristalización sucede a través de práctica consistente, a través de meditación, a través del trabajo constante de equilibrar los propios centros de energía.

Dentro de ti existe un sistema de centros de energía—a veces llamados chakras en tradiciones orientales—que reciben y procesan la fuerza vital que anima tu ser. Cuando estos centros están bloqueados, la energía no puede fluir libremente. Cuando están abiertos y equilibrados, te vuelves capaz de canalizar tremendas cantidades de energía sanadora. El trabajo continuo del sanador es reconocer dónde están sus propios bloqueos y suavemente, pacientemente, despejarlos.

El primer centro, en la base de la columna, se relaciona con la supervivencia y la aceptación básica de estar vivo. El segundo, en el bajo abdomen, se relaciona con las emociones, la sexualidad y la identidad personal. El tercero, en el plexo solar, se relaciona con la voluntad, el poder y nuestro lugar en grupos. El cuarto, en el corazón, es el centro del amor—la puerta crucial que debe estar abierta para que ocurra la sanación verdadera. El quinto, en la garganta, se relaciona con la comunicación y la auto-expresión. El sexto, en el entrecejo, se relaciona con la visión interior y la puerta a la consciencia más profunda. El séptimo, en la coronilla, se relaciona con la conexión con el infinito.

Para que la sanación fluya a través de ti, el centro del corazón debe estar abierto. Esto no es negociable. Puedes tener gran conocimiento, técnicas poderosas, credenciales impresionantes—pero si tu corazón está cerrado, la sanación verdadera no puede pasar a través de ti. El corazón es la puerta. El amor es la onda portadora sobre la cual viaja la sanación.

Por esto el camino del sanador es inseparable del camino del amor. Cada acto de perdón genuino abre tu corazón un poco más. Cada elección de ver a otro como a ti mismo—como una

expresión del Uno—despeja el canal un poco más. Cada vez que sueltas el juicio y ofreces aceptación en su lugar, te conviertes en una ventana más limpia para la luz.

Cuando la energía sanadora fluye a través de un sanador cristalizado hacia alguien que la necesita, algo notable ocurre. La energía no simplemente se transfiere como electricidad a través de un cable. Crea un campo—un ambiente de posibilidad—en el cual el propio complejo cuerpo-mente-espíritu del receptor puede reorganizarse hacia mayor integridad. El cuerpo energético del receptor recibe la ofrenda primero, y si es aceptada, los efectos repercuten en el cuerpo físico.

Algunas condiciones no tienen carga emocional, mental o espiritual—existen simplemente debido al azar, la genética o circunstancias físicas. Estas condiciones a menudo responden más fácilmente a la sanación, porque no hay apego más profundo a la enfermedad. El cuerpo simplemente acepta la invitación a restaurarse, y la restauración se mantiene.

Otras condiciones cargan peso emocional o espiritual significativo. La enfermedad puede estar conectada a duelo no resuelto, falta crónica de perdón, creencias arraigadas sobre no merecer, o incluso elecciones hechas antes de que comenzara esta vida. En estos casos, la sanación trabaja diferente. La oportunidad se ofrece, y algo puede cambiar a nivel energético. Pero a menos que el material emocional o espiritual subyacente también se aborde, la condición puede reafirmarse. El cuerpo recibió un nuevo patrón, pero las causas más profundas recrearon el viejo.

Por esto la sanación duradera a menudo requiere trabajo interior junto con cualquier tratamiento externo. El sanador puede ofrecer el ambiente para el cambio. Pero si el receptor continúa sosteniendo los mismos resentimientos, los mismos miedos, las mismas creencias que contribuyeron a la enfermedad, el cambio puede no perdurar. La sanación verdadera aborda a la persona completa—cuerpo, mente y espíritu juntos.

Mucha enfermedad—quizás la mayoría—tiene raíces en material emocional y mental no procesado. El duelo que no quisimos sentir, la ira que no quisimos reconocer, el miedo que no quisimos enfrentar: todo esto, cuando no es procesado por la mente, eventualmente se le da al cuerpo para que lo cargue. La tensión, el entumecimiento, las condiciones crónicas—estas son a menudo la manera del cuerpo de sostener lo que la mente se negó a abordar.

Cuando la energía sanadora fluye hacia tal persona, no fuerza nada. Simplemente ofrece la oportunidad de soltar. Crea un espacio de tanto amor y aceptación que la persona puede sentirse lo suficientemente segura para finalmente dejar ir lo que ha estado sosteniendo. La emoción bloqueada puede surgir, la tensión sostenida puede liberarse, la desconexión puede comenzar a sanar. Pero siempre, la elección pertenece a quien recibe. Puede aceptar la invitación o declinarla. Puede soltar parcial o completamente. Puede necesitar muchas sesiones o solo una. El sanador ofrece; la gracia fluye; el receptor elige.

Hay otro aspecto de la sanación que debe entenderse: no todo está destinado a ser sanado de la manera que desearíamos. Algunas condiciones fueron elegidas antes del nacimiento como parte del currículo del alma. Algunas enfermedades sirven propósitos que no podemos ver desde nuestra perspectiva limitada. Algunas limitaciones son maestros que aún no han terminado su enseñanza.

Esto no es excusa para la pasividad o el fatalismo. Siempre debemos ofrecer sanación, siempre sostener espacio para la transformación, siempre creer en la posibilidad de la integridad. Pero también debemos soltar el apego a los resultados. El sanador que necesita ver resultados, que mide su valor por tasas de curación, que se lo toma personal cuando la sanación no ocurre—este sanador sufrirá, y su sufrimiento nublará el canal.

Jesús sanó a muchos, pero no a todos. Pudo hacer pocos milagros en su pueblo natal debido a la falta de fe de la gente. Algunos que vinieron a él fueron sanados físicamente; otros fueron sanados de maneras más profundas que no se mostraban en la superficie. La sanación que más importa no siempre es la sanación que podemos ver.

¿Qué hace entonces realmente el sanador? El sanador ama. En la pureza cristalizada de ese amor, crea una oportunidad para que quien sufre elija diferente—soltar la enfermedad, el bloqueo, el patrón de sostenimiento. El sanador sostiene espacio. Mantiene su propia claridad y equilibrio para que su presencia misma se vuelva terapéutica. Confía en el proceso, ofrece lo que tiene para ofrecer, y entrega el resto a una sabiduría más grande que la suya.

Quizás el mayor sanador está dentro de cada uno de nosotros. A través de la meditación, a través del auto-examen honesto, a través del perdón a uno mismo y a otros, podemos acceder a este sanador interior. Podemos aprender a crear para nosotros mismos las condiciones bajo las cuales nuestro propio cuerpo, mente y espíritu pueden restaurar su equilibrio natural. El

sanador externo, en el mejor de los casos, nos ayuda a recordar lo que ya sabíamos—que estamos hechos para la integridad, que el amor es nuestra naturaleza, que la sanación siempre es posible.

Santiago escribió: "*¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo.*" Nota qué es lo que salva al enfermo: la oración de fe. No el aceite, no la técnica, no las credenciales de los ancianos—aunque todo esto puede servir como catalizador. Lo que sana es la fe: la fe del sanador de que el amor puede fluir a través de él, la fe del paciente de que puede ser sanado, la fe compartida que abre la puerta a la gracia.

Si sientes el llamado al camino de la sanación—ya sea a través de Reiki, a través de la oración, a través de la imposición de manos, a través del consejo, a través de cualquiera de las muchas formas que la sanación puede tomar—sabe que tu primera tarea es tu propio trabajo interior. Despeja tu canal. Abre tu corazón. Enfrenta tus sombras. Perdona lo que necesita perdón. Conviértete, tanto como puedas, en una ventana pura para la luz.

Y luego ofrece. Ofrece sin apego. Ofrece sin necesidad. Ofrece con amor y luego suelta. Confía en que lo que necesita suceder sucederá. Confía en que eres parte de algo mucho más grande que tú mismo. Confía en que el mismo amor que creó el universo fluye a través de ti cuando te abres a él—sanándote, sanando a través de ti, sanando al mundo un encuentro a la vez.

Esta es la sanación verdadera. Este es el camino que Jesús recorrió. Esta es la invitación extendida a todos los que tienen oídos para oír y corazones dispuestos a abrirse.